Tal es en parte — porque no lo hemos dicho todo, ni lo podíamos decir — la funesta y vergonzosa progenie de los defectos que el orgullo amamanta. Es de capital interés el conocer bien todo esto; porque ahí está la clave de la ciencia de las costumbres. El orgullo es la más profunda enfermedad, la más vieja, la más universal, la más tristemente fecunda de cuantas trabajan nuestra caída naturaleza: es en nosotros el principio generador del mal. El desconocerlo ó conocerlo tan sólo á medias, acarrearía por necesidad funestísimas consecuencias. Pero no basta conocerlo de una manera abstracta: no reconocer en sí este vicio, y sus múltiples ramificaciones, y las incontables faltas menudas, cuyo malhadado principio es á cada momento en nuestra vida, sería deplorable ceguera.

El orgullo es tan fértil en venenos para nuestra alma y para nuestro pobrecillo corazón, que con verdad se puede decir que la humildad, su antídoto, sería por sí sola bastante para devolver al género humano la virtud y el buen sentido.

La enumeración que acabamos de hacer, por larga que sea ya, es incompletísima; y para terminarla fuera menester no menos que un extenso tratado de moral completo que comprendiera las más altas cuestiones relacionadas con la psicología, con la sociedad, con la familia, con la religión y hasta con la política. Mas, antes de dejar este asunto, hablaremos de cuatro clases de espíritus, cuya venenosa fuente es el orgullo, y que frecuentemente uno ú otro afean los caracteres mejor nacidos, y las más puras virtudes, y en una casa de Educación cristiana, acaban por deslustrar á los más piadosos niños.

## CAPITULO XII

De cuatro suertes de mal espíritu, cuyo padre es el orgullo.

El primero de estos malos espíritus es el espíritu de indocilidad.

Indocilidad no es lo mismo que desobediencia: es más y es menos. Puede uno ser muy indócil, obedeciendo. Indocilidad (según la etimología de la voz latina indocilis, que no se deja enseñar) significa que uno está lleno de confianza en sí mismo, pagado de sus propias luces, y que ninguna confianza tiene en las luces de los demás. No respeta talento ni autoridad de nadie. La indocilidad no está tanto en el acto exterior como en la disposición íntima, en el espíritu, en el corazón; ved por qué dice la Escritura santa: Cor malum incredulitatis.

El inmediato perjuicio que acarrea este espíritu de indocilidad, es privar al joven indócil de las luces y consejos de aquéllos á quienes su ciencia, su sabiduría, la experiencia, la vocación y consagración especial llaman á ser guías suyos de él; dejarle caminar solo y sin apoyo, expuesto á peligrosas caídas, de las que no dejarán de presentarle mil ocasiones su presunción y su inexperiencia, las cuales le harán gastar en infructuosos ensayos y en ruinosas tentativas tiem-

po y facultades, cuyos frutos hubieran podido ser precoces y seguros.

Y de ahí, ¡qué desgracias para más adelante en la vida, qué manantial de faltas tan fecundol y ¡cuánto importa prevenir esta desgracia por medio de la docilidad en la juventud! ¡cuántos talentos se han quedado estériles, cuántos han resultado perjudiciales! ¡cuántas felices naturalezas languidecen y caen en el mal, á consecuencia de su secreto orgullo, que, tornándolas indóciles á las lecciones de la autoridad, de la experiencia, de la superioridad y de la abnegación, cierra por de contado la entrada á sabios y prudentes consejos! Porque, ¿quién osará exponerse á dar un consejo cuya inutilidad prevé?

Pues bien, hay que decirlo claramente: esta malhadada indocilidad es el gran mal de la cristiana juventud. La juventud mundana es groseramente desobediente: la juventud piadosa es á veces muy indócil en su fondo. El orgullo, innato en todos los hombres, se encuentra allí bajo la forma de propia estima, disfrazado quizá, pero muy arraigado, y que va á la sordina criando formidable espíritu de resistencia y de obstinación.

Entender esto, es capital en la Educación; no hay que tratar de Educación si no se ha bien comprendido esto.

La segunda clase de mal espíritu, que queremos señalar como secuela del orgullo es el espíritu de independencia.

No es, como el precedente, apego á sus propias luces; es apego á su propia voluntad: defecto sutilísimo, hábil en disfrazarse, aun so capa de virtud. Hay algo de halagador para el alma en poderse decir á sí misma: «Yo quiero con firmeza lo que quiero.» Esto es bello: no cabe duda; pero puede servir para ocultar la más irracional terquedad y un orgullo desenfrenado. Este tal no es firme; porque no sabe ceder á la voluntad de los demás, siquiera sea legítima y razonable; porque quiere sacar triunfante en todo su propia voluntad: no es firme, es terco, duro, imperioso.

Esta pretendida firmeza oculta por otro lado una debilidad muy real: á la verdad, menester es mayor fuerza para mandarse á sí mismo, y para plegarse espontáneamente á un consejo razonable, á pesar de las vencidas resistencias del orgullo, que no para mantenerse rígido con necia y vana altivez.

Funesta desgracia amenaza á cualquiera sociedad, en que prevalezca ese espíritu de independencia; en que nadie sepa renunciar su propia voluntad para plegarse á la ajena. Empero no hay cosa más dañosa que introducir ese espíritu en la Iglesia de Dios. Y no obstante, ése es el pecado de nuestro siglo; y cosa triste y que debe llamar la atención de los Directores de Seminariosl ni aun los mismos eclesiásticos están exentos de él; es el aire que hoy se respira, la atmósfera en que vivimos: hoy somos más independientes á los veinte años, que no lo eran en tiempo de Luis XIII á los cincuenta.

Quien desconozca esta perversa disposición de la juventud de nuestros días, es incapaz de hacer nada útil en su favor.

A la vigorosa Educación cristiana toca reaccionar contra ese detestable espíritu, que hoy en día nos sopla de todas partes, y más ó menos domina á toda la juventud; á la Educación toca combatirle, y sustituirle con la noble y generosa docilidad, que tan bien dice con jóvenes formados en la escuela de la religión.

El espíritu de contradicción es la stercera clase de mal espíritu engendrado por el orgullo.

Es un extravío, una manía de las más desagradables: el espíritu de contradicción torna al hombre inaguantable á todo el mundo. Hay almas que nacieron así: no se dirá en su presencia cosa ninguna sin que hayan de sostener ellos la contraria: se tendrían por hombres sin carácter, como se plegasen á opiniones ajenas. A veces viene á ser esto cierto mal entendido amor de la virtud, franqueza extemporánea, franqueza pueril, que jamás halla inconveniente en decir su parecer: y más comúnmente es orgullo secreto y vana estima de su propia suficiencia. Hombres de este jaez, se creen obligados á contradecir al momento lo que no cuadra con su manera de pensar; y se encastillan en su sentir, y se los ve obstinarse con ridícula porfía en estériles é interminables discusiones.

Fuera de lo dicho já qué extravíos se ven con frecuencia arrastrados por haber abrazado, sin saber por qué sí, ni por qué no, y solamente por llevar la contraria, opiniones singulares que después no tienen valor para abandonar con noble y franca humildad! Esta manera de contradecir es comúnmente propia de espíritus menguados y henchidos de orgullo. El hombre superior, el hombre dotado de noble y generoso corazón, luego que cae en la cuenta de que estaba trascordado, no vacila en abrazar caballerosamente cualquier opinión, cuya justicia no veía antes; aunque por ello haya de perder la ocasión de desplegar sus recursos en la discusión y haya de verse reducido al silencio. En todo caso, nunca jamás discutirá por discutir, y tendrá urbanidad, como también suficiente buen sentido

para pasar por alto muchas cosas que sería mejor olvidarlas que no sacarlas á plaza.

Para dar nombre al cuarto género de mal espíritu engendrado por el orgullo, vémonos precisados á decir—y valga la expresión—que es el espíritu de justificación. Es la manía de sincerarse siempre, de excusarse á cada paso, con razón ó sin ella; es el no querer nunca jamás confesar su falta: Volens justificare seipsum, que dice la Escritura hablando del otro fariseo.

Jóvenes hay para los cuales no se conoce medio humano de hacerles reconocer sus más evidentes faltas: diríase que se juzgan impecables; y si llegan á caer en ciertas faltas visibles, palpables y que no pueden negar, siempre habrán de ser del todo inocentes, cuando menos en su intención. Su primer pensamiento, luego que se les dirige alguna reconvención, ó se les hace cualquier observacioncilla, es buscar alguna excusa, con la cual puedan luego abroquelarse. Por de contado que ellos han de tener razón; ni siquiera examinarán si es fundado lo que se les dice: lo combatirán d priori. Nada descubre tanto el secreto orgullo, como esa disposición de ánimo y-;para qué callarlo?-nada más propio para torcer el espíritu y para desviar el corazón. Un espíritu justo, ayudado de un corazón bueno, sencillo, leal, buscaría por de pronto el lado verdadero de la reprensión, lo que tiene de fundado aquella observación que se le ha hecho: por ese medio vendría á lograr preciosas luces acerca de sí mismo, á la vez que con esta sencillez, se mostraría superior á su propia falta. Al contrario, el espíritu orgulloso y vano de que voy hablando, cierra los ojos á sus más claras y evidentes faltas, y se ingenia en buscar razones para disculparse: ésa es su primera preocupación, ése su primer instintivo movimiento: indicio seguro de mezquino espíritu, de ruin corazón.

Importa muy mucho hacer conocer á los jóvenes infestados de tan enojosa dolencia, que ese fatal espíritu de justificación es lo más vil que puede concebirse, y que, por el contrario, la sencilla y noble confesión de una falta es honrosa y gloriosa á la par.

Lo primero que un joven recto y sincero debe reconocer, es que en ninguna edad tanto como en la juventud está el hombre expuesto á engañarse de mil maneras, y, en consecuencia, que en ninguna otra edad debe estar más pronto para dejarse avisar y reprender.

## CAPÍTULO XIII

Última palabra sobre el modo de tratar á los orgullosos.

A fe que no creemos haber lisonjeado el orgullo; y si, después de lo que dejamos escrito,—bien que no hayamos dicho cuanto queríamos decir,—á los jóvenes de buena fe no les pareciera el orgullo por todo extremo perjudicial, preciso sería que este vicio ejerciera sobre su corazón fatal y poderosa fascinación.

Sin embargo, no hay que echar en olvido que, en punto á Educación, los obstáculos pueden trocarse en ayudas, y que al talento y al saber del encargado de educar toca convertir los óbices en poderosas palancas. El mismo amor propio, por peligroso que sea, puede llegar á trocarse en auxiliar precioso y eficaz. Es una energía desviada; pero al fin y al cabo es energía: lo que importa es no tanto quebrantarla, cuanto dirigirla. El amor propio tiende siempre á halagar, á exaltar á aquéllos en quienes domina; pero estos mismos excesos atestiguan muchas veces una naturaleza generosa, capaz de subir muy alto, si con harta frecuencia el orgullo no la hiciera bajar tan hondo. Lo que importa, pues, no tanto es sofocar la generosidad y plétora de vida en esa naturaleza, la altivez y gallardía de su alma, cuanto apoderarse de ella y regularla